

SIGUE INTENTÁNDOLO

Tomás había recibido un juego de bolitas. Era su premio por haber hecho todas sus tareas de la semana. El juego consistía en meter las cinco bolitas en los cinco huecos. Pero resultó ser más difícil de lo que había imaginado.

Tomás consiguió meter una bolita en un hueco, pero cuando movió el juguete para meter otra bolita en otro hueco, ¡se salió la primera! Y tuvo que empezar de nuevo.

—¡No puedo hacerlo! —gimió.
En ese momento, el papá entró a la habitación.

—¿Qué pasa, Tomás?

—¡Es demasiado difícil! —Se quejó, señalando el juego—. No creo que nadie pueda hacerlo.



El papá se rió y se sentó en el sofá junto a Tomás:

—Bueno, ya sabes, cuando las cosas parecen difíciles normalmente es porque no has practicado suficiente —el papá cogió el juego y se lo entregó a Tomás—. Estoy seguro de que si sigues intentándolo, aprenderás cómo hacerlo. ¿Te acuerdas de cuando aprendiste a montar en bicicleta? Dijiste que era muy difícil y que jamás lo conseguirías.

Tomás recordó cuando, el año anterior, empezó a montar en bicicleta. Se acordó de que se caía con frecuencia, pero su papá le animó a seguir intentándolo. Ahora, ¡ya montaba en bicicleta sin caerse!

—Sí, me acuerdo —dijo Tomás.

—Y cuando estabas aprendiendo a leer, ¿te parecía sencillo?



—No. Al principio era complicado.

—Pero, seguiste intentándolo...

—¡Y ahora ya sé leer! —anunció Tomás.

—Ves, cuando algo al principio parece difícil, hay que tener paciencia y no rendirse. Cuando yo tenía tu edad, pasé por lo mismo. Me encantaba nadar, pero yo era demasiado lento, demasiado lento para formar parte del equipo de natación. Pero seguí practicando y haciendo pruebas para el equipo. Y por fin, tras un año de tomar clases de natación, conseguí formar parte del equipo de natación de mi escuela. Y aún más, ¡incluso gané una medalla en uno de los campeonatos de natación!

—¡Caramba, papá! ¡Qué chévere!

—Sí. Pero, ¿qué habría pasado si me hubiera rendido porque me parecía demasiado difícil pertenecer al equipo?



—Nunca habrías ganado una medalla.

—Exacto. Los juegos ayudan a formar el carácter. Este juego te está ayudando a no rendirte.

Tomás cogió de nuevo el juego. Pensó en lo feliz que sería cuando lograra dominarlo. Luego, comenzó a hacer rodar las bolitas hacia los huecos. ¡La primera bolita entró dentro de un hueco! Pero todavía faltaban cuatro bolitas más que meter en su lugar. Con mucho cuidado dio unos golpecitos para que la segunda bolita rodara alrededor del borde de otro hueco. Y también entró dentro del siguiente hueco. ¡Ya solo faltaban tres bolas más!

¡Y ahí ocurrió el desastre! Tomás sacudió con demasiada fuerza el juego, y ahora tenía que comenzar de nuevo.



El papá le dio una palmadita en el hombro a Tomás.

—Hijo, sigue intentándolo y pronto lo conseguirás.

Tomás se llenó de determinación. Respiró profundamente y comenzó de nuevo. La primera bola entró en un hueco. Luego, la segunda. Y tras unos minutos de gran concentración entraron la tercera, la cuarta y la quinta.

—¡Mira, papá! ¡Lo logré! ¡Metí todas las bolitas!

El papá vitoreó y aplaudió.

—Sí. ¡Lo lograste! Sabía que lo conseguirías. ¿Verdad que te alegras de no haberte rendido?

Tomás asintió con la cabeza. Sabía que, de ahí en adelante, trataría de recordar siempre que debía seguir intentándolo aunque al comienzo pareciera difícil.

Fin

